

IMPRIMIR

NUEVA PRIMAVERA

HEINRICH HEINE

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

I

Pintado en los vicios muros
De los antiguos palacios,
Miraréis un caballero,
Un caballero gallardo,
Para marchar al combate
Apercibido y armado;
La firme lanza en la diestra,
La fuerte adarga en el brazo.

Pero coro bullicioso
De Amores alborzados
Le roban la lanza fuerte
Entre caricias y halagos,
Y con cadenas de flores
Le dejan aprisionado,
A pesar de sus protestas
Y de sus esfuerzos vanos.

Así yo, preso me agito
Entre encantadores lazos,
Sintiendo alegría y penas,
Dichas y dolor amargo,
Mientras que caminan otros
A combatir obligados
De la libertad sagrada
En el combate inhumano.

II

Sentada bajo de un árbol
Que tornó blanco la escarcha,
Silenciosa y triste escuchas
Silbar la brisa lejana,
Y contemplas de los cielos
En la extensión solitaria
Las nubes que entre la bruma
Se esconden apresuradas.

Miras la muerta pradera,
Miras la muerta enramada,
Solitarias y desiertas,
Desiertas y solitarias.
El invierno te rodea,
El frío invierno te abraza,
Y helado el corazón tienes,
Y helada tienes el alma.

De pronto blancos vellones
Sobre tí el árbol derrama,
Y piensas ya en tu despecho
Que al agitarse las ramas,
Con frío polvo de nieve
Ornaron tu frente casta.

Pero no es polvo de nieve
Lo que vierte la enramada,
Con silenciosa alegría
Lo percibe al fin tu alma.
De la verde primavera

Flores son embalsamadas
Que en sus corolas te envuelven
Y tu hermosura abrillantan.

¡Dulce sorpresa! el invierno
En verde mayo se cambia,
En flores primaverales
Se trueca la nieve blanca,
Y tu corazón de nuevo
Se despierta, vive y ama.

III

Todo en la floresta crece
Y germina y reverdece
Por nueva savia inundado;
Por nueva vida impulsado.
Y el sol, que ríe en la esfera.
Dice mirando la vida:
«Bien venida, primavera;
Primavera, bien venida.»

¡Dulce ruiseñor! tu acento
Ya también vibra en el viento,
Y ya escucho acompasado
Los suspiros acordados
De misterioso quebranto
Que componen tu canción.
¡Amor tan sólo es tu canto!
¡Sólo amor tus cantos son!

IV

¡De la noche de abril los bellos ojos
Cómo vierten miradas de consuelo!
Si el amor te arrojó rendido a tierra,
El amor te alzaré de piedad lleno.

Su vuelo para el ruiseñor, cantando
Del verde tilo en las frondosas ramas;
Conforme su canción a mi alma llega,
Siento que mi alma entera se dilata.

V

Yo amo a una flor, pero ignoro
Cuál es esa hermosa flor;
Y esa es la fuente de donde
Mi desventura brotó.
Todos los cálices miro
Para hallar un corazón.

Las flores dan sus perfumes
Cuando espira el claro sol;
Sus cantos enamorados
Al viento da el ruiseñor;
Un corazón tan amante
Como el mío busco yo,
Un corazón tan sensible
Como mi fiel corazón.

Triste el ruiseñor eleva
Su melancólica voz,
Y la dulce melodía
Comprendo de su canción.
¡Ay! ¡los dos estamos tristes,
Y fatigados los dos.

VI

Mayo llegó; florecen
El árbol y las plantas,
Y por el claro azul del firmamento
Se ven pasar las nubes sonrosadas.

Entre las verdes hojas
Los ruiseñores cantan,
Y entre los verdes tallos de los tréboles,
Blancos y alegres, los corderos saltan.

Yo ni puedo saltar ni cantar puedo;
Enfermo yazco entre las hierbas altas,
Y sueño...no sé en qué, mientras escucho
Lejano son de fúnebres campanas.

VII

Una dulce melodía
Sus dulces ecos extiende
Dentro de mi corazón.
Resuena y el éter cruza,
Resuena y el vuelo tiende,
¡Oh primaveral canción!

Vuela al sitio en que las flores
Más lindas, ante el rocío
Abren su cáliz de miel,
Y si una rosa ves, dile
Que el testimonio le envió
De mi amistad más fiel.

VIII

En su amor la mariposa
Vuela de la fresca rosa
Sobre el cáliz perfumado;
Un rayo del sol ardiente
La baña amorosamente
Con su resplandor dorado.

Pero ¿a quién ama la rosa?
¿Quién el amor de la hermosa,
Quisiera saber, merece?
¿Es el rruiseñor que canta?
¿O el astro que se levanta
Cuando la tarde decrece?

No sé a quién la rosa adora:
Pero mi pecho atesora
Para todos tierno amor;
Para todos, rosa bella,
Rayo de sol, clara estrella,
Mariposa y rruiseñor.

IX

Todos los altos árboles se mecen,
Todos los nidos en la selva cantan;
¿Qué maestro de capilla rige ufano
La verde orquesta tic la selva vasta?

¿Es la gris ave fría, que orgullosa
El ojo entorna entre las verdes ramas,
Pedante insoportable que se mece
Dando su canto a las inquietas auras?

¿Es la cigüeña que serena y grave
Hace oscilar su inacabable zanca,
Cual si ella de los músicos ocultos
Rigiese diestra la invisible banda?

No; que es mi corazón, donde el maestro
De capilla del bosque se alojara;
Yo siento sus compases en mi pecho
Latir, y creo que el amor se llama.

X

«En un principio, el ruiñeñor vivía
Y el verbo santo con amor cantaba,
Tsukut, Tsukut, y al eco de sus cantos
Césped y violetas azuladas
Y margaritas rubias como el oro
Por todas partes fértiles brotaban.

»Su pecho con su pico rasgó un día,
Corrió su sangre en rojas oleadas,
Y brotó de su sangre un rosal bello:
Aun al rosal su amor eterno canta.

»Nosotros, pobres pájaros del bosque,
Por la caliente sangre que brotara
Del pecho del amante de la rosa,
Redimidas miramos nuestras faltas.
Mas cuando un día el ruiñeñor amante,
El noble redentor de negras alas,
Deje las quejas de su amor eterno
De cantar a la rosa perfumada,
Veremos nuestro fin, y con nosotros
Morirá para siempre la enramada.»

Habla así al gorrioncillo el gorrion vicio,
De la encina frondosa entre las ramas;
La hembra en aquel discurso del esposo
Sus píos bulliciosos intercala,
Que ella está allí también cómodamente
En el lugar de honor bien instalada.

Es una esposa fiel; dulce y casera,
Cubre sus huevos y jamás se enfada,
En tanto que en sus ocios el esposo
Da instrucción religiosa a su pollada.

XI

Abrió ya todas las flores
La primavera gozosa,
Y si fuertes precauciones
Mi fiel corazón no toma,
Preso le veré bien pronto
Entre redes amorosas.

Mas ¿qué flor entre las flores
Será de mi amor señora?
El ruiseñor con su canto
Consejos me da que importan:
Me dice que desconfíe,
Que desconfíe entre todas
De las dulces violetas,
Tan castas y pudorosas.

XII

Crece mi mal, y suenan las campana
Ya la razón perdí.
La primavera y dos hermosos ojos
De nuevo han conspirado contra mí.

La primavera y dos hermosos ojos
Contra mi paz de nuevo han conspirado:
Creo que el ruiseñor y que las rosas
En la conspiración se han complicado.

XIII

¡Ay! derramar yo quisiera
Lágrimas de amor sincero,
Llenas de pena y delicias
Y de ventura y de duelos;
Pero temo no ver nunca
Realizado mi deseo.

¡Ay amor! dulce miseria,
¡Ay amor! ventura amarga
Yo siento como mezclados;
Goce y pena se derraman
En deliciosa tortura
Sobre mi alma aun no curada.

XIV

Los ojos de la verde primavera
Me miran entre el césped escondidos:
Esos ojos son ¡ay! las violetas
Que para hacer un ramo he recogido.

Las cojo taciturno y en silencio;
Mas las ideas qué, en mi pecho guardo,
El ruiseñor canoro e indiscreto
Las va con altas voces publicando.

Su voz publica lo que mi alma piensa,
Con notas que se pierden a lo lejos:
Por eso sabe ya la selva entera
El que siempre guardé dulce secreto.

XV

Cuando pasas junto a mí
Y me roza tu vestido,
Silencioso y atrevido
Se precipita hacia ti
Mi corazón conmovido.

Mas si es que en mí, dueño amado.
Fijas tus miradas bellas,
Mi corazón fatigado
Apenas puede cansado
Seguir tus amantes huellas.

XVI

La flor del agua en el lago
Soñando se balancea,
Y el astro que es de la noche
Luminar y claro emblema,
Con languidez la saluda,
Mientras de deseo tiembla.

Confusa vuelve la hermosa
A las ondas la cabeza,
Y mira a sus pies entonces
La faz amarilla y yerta
Del amante que la ofrece
Amor y constancia eterna.

XVII

Si buena vista posees.
Y mis canciones contemplas,
Verás una hermosa joven
Que aquí y allá se pasea.

Si tienes fino el oído,
Escucharás su voz tierna,
Y sus risas y sus cantos
Harán que tu alma enloquezca.

Con la luz de su mirada
Melancólica y serena,
Con el argentino acento
De sus amantes querellas,
Tu alma, cual llenó la mía,
Llenará al fin de tristeza,
Y soñador amoroso,
Al llegar la primavera,
Llevarás tu paso errante
Por la abandonada selva.

XVIII

¿Qué te hace errar por el bosque
Las noches de primavera?
Has vuelto a las flores locas:
Ya las margaritas tiemblan;
Ya las rosas perfumadas
Enrojecieron de pena,
Y como la muerte, pálida
Su corola el lirio ostenta:
Todas confusas y tristes
Y turbadas se lamentan.

¿Qué alcuernia tan mojigata
De flores ¡oh luna! es ésta?
Tienen razón; una grande
Falta cometí, y me pesa.
Mas ¿creer podía acaso
Que ellas oían mis quejas
Cuando ardiendo en amor loco
Hablaba con las estrellas?

XIX

Cuando sobre mí posarse
Tus ojos azules veo,
Tanto mi mente delira,
Que ni hablar tan sólo puedo.

Es en tus ojos azules
En los que yo siempre pienso,
Y en mar de azules ideas
Siento inundarse mi pecho.

XX

Aun otra vez bajo el yugo
Mi corazón gime preso,
Y ve sus vicios rencores
Extinguidos y deshechos.

Otra vez la brisa leve
De mayo llenó mi pecho
De doradas ilusiones
Y de dulces sentimientos.

Las calles más frecuentadas
Mañana y tarde paseo,
Y bajo todas las alas
De paja de los sombreros
Ver de mi amor me parece
Los claros ojos serenos.

Aun otra vez yo las turbias
Ondas con ansia contemplo,
Y aun otra vez sobre el puente
Meditando, me detengo.
¡Ah! tal vez por este sitio
Pase su coche ligero,
Y chocarán sus miradas
Con mis miradas de fuego.

Aun de la cascada hirviente
En los inconstantes ecos
Escucha mi alma confusa
Advertencias y consejos,

Y mi corazón comprende
Lo que con callado acento
Las blancas ondas responden
De las brisas a los besos.

Aun otra vez de la selva
En los confusos senderos,
Soñador impenitente
Melancólico me pierdo;
Y aun los pájaros del bosque
Cuando detienen su vuelo,
Del enamorado loco,
Se burlan con dulce acento.

XXI

Perfuma la fresca rosa,
Mas ¿ella su aroma aspira?
El ruiseñor ¿siente acaso
La triste melancolía
Que en sus amargos suspiros
Nuestro espíritu respira?

No lo sé; pero es lo cierto
Que cual la rosa encendida
Y el ruiseñor de los bosques,
Sin sentir las penas mismas
Las cantan, y el hombre siente
Sus penas y sus desdichas,
Sería en el mundo, a veces,
Provechosa tal mentira.

XXII

Te amo, y por eso, alma mía,
Huyo de tu rostro hermoso.
¡No te enfades, dueño mío!
¿Cómo, di, unirse podría
Con tu semblante gracioso
Mi triste rostro sombrío?

Porque es tu amor mi deseo,
Mi cara de arrugas llena
Miro, y triste y demacrada;
Tú al fin me hallarías feo,
Y evitar quiero esa pena:
¡No te enfades, mi adorada!

XXIII

Vago en medio de las flores,
Y mi alma se abre con ellas;
Soñando voy, v mis pasos
A cada instante tropiezan.

Sostenme, mi bien, sin eso,
Ebrio de amor y de penas,
Rodaré al fin a tus plantas,
Y el jardín la gente llena.

XXIV

Cual la imagen de la luna
En el fondo de las aguas
Tiembla, mientras ella el cielo
Cruza con segura planta;

De igual modo tu camino
Tú prosigues, mi adorada,
Y sólo tu imagen tiembla
En mi corazón sin calma,
Cuando con sus locas penas
Mi fiel corazón batalla.

XXV

Su alianza concluyeron
Nuestros pechos inflamados,
Y uno contra otro estrechados,
Del todo se comprendieron.

Tan sólo a la sonrosada
Flor que inocente en tu pecho
Se ostentaba, nuestro estrecho
Abrazo dejó aplastada.

XXVI

¿Quién inventó el reloj? ¿quién, dime, él tiempo
En minutos partió y lloras eternas?
Un hombre helado y triste, que sentado
Una noche de invierno fría y negra,
Contaba con dolor la melancólica,
Inacabable marcha de sus penas;
Y él rumor del gusano que roía
Con monótono ritmo la madera.

¿Quién, di, inventó los besos? Una boca
Inflamada de amor, dichosa y fresca,
Que sus amantes besos derramaba
Sin pensar que en el mundo hubiese penas
Era en mayo; las flores perfumadas
Brotaban esparcidas por la tierra,
Sonreía la luz, y enamorados
Los pájaros cantaban en la selva.

XXVII

¡Cuál perfume los claveles!
¡Cómo las claras estrellas,
Enjambre de abejas de oro,
Sobre la extensión serena
Y violada del cielo
Silenciosas reverberan!

Blanca y seductora brilla
La ciudad dormida y quieta,
Tendida de los castaños
A la sombra placentera.
Yo escucho el rumor que al viento
Da la acristalada puerta,
Y de una voz dulce el eco
Escucha mi alma, que tiembla.

¡Convulsión voluptuosa!
¡Emoción de encantos llena!
¡tiernos y tímidos goces!
Escuchan las rosas bellas,
Y los ruiseñores cantan
Ocultos en la floresta.

XXVIII

¿No he soñado ya otras veces
La dicha que pruebo ahora?
¿No eran los arboles mismos,
Las mismas flores hermosas,
Los mismos besos, las mismas
Miradas halagadoras?

¿No brillaba cual hoy brilla
La alta luna silenciosa,
Sus pálidos resplandores
Deslizándose entre las hojas,
Que a nuestros castos amores
Prestaban su verde bóveda?
Los viejos dioses de mármol,
¿No se alzaban como ahora,
custodiando nuestra dicha
con su guarda silenciosa?

¡Ay! yo sé cómo se cambian
Esos sueños que la aurora
Del amor tiñe con dulces
Tintas de ópalo y de rosa;
Cómo las flores, marchitas
Miran al fin sus corolas;
Y cómo los altos tilos
De la enramada frondosa,
Por blanco manto de nieve
Truecan sus lucientes hojas.

Yo sé que un día cercano
Nosotros mismos, hermosa,
Llegaremos a hallar fría
La pasión que hoy nos devora;
A encontrar nuestra presencia,
Hoy nuestro anhelo, enojosa,
Y a olvidarnos... a olvidarnos,
Nosotros ¡mi bien! Que ahora
Nos amamos con tal fuego
Y con ternura tan honda,
Y cuyos dos corazones
Hoy abrasados se tocan.

XXIX

Los en la sombra arrebatados
Y vueltos en la sombra,
¡Cómo embriagan la dicha y de alegría
Y de ventura, el alma del que adora!

Mecida por dulcísimos recuerdos
Y aun más dulces presagios de alegría,
Piensa entonces nuestra alma en muchas cosas
Que en el futuro duermen escondidas.

Mas ¡ay! tanto pensar es fastidioso.
Cuando un cuerpo gentil ciñen los brazos.
Llora más bien ¡mi alma! Y que tus lagrimas
Presten dulce consuelo a tu quebranto.

XXX

Érase un monarca anciano,
Su alma estaba fatigada,
Su cabello estaba cano:
Aquel viejo soberano
Tomó joven desposada.

Érase un alegre paje
Aun más rubio que el celaje
Que anuncia la blanca aurora;
Él la cola del ropaje
Llevaba de su señora.

¿Conoces tú la canción?
¡Cuán triste en mi corazón
Resuena y ha resonado!
Sucumbir fue su misión;
¡Se adoraban demasiado!

XXXI

Tras mucho tiempo extinguidas,
En mi corazón florecen
Las que alumbraron mi vida
Imágenes sonrientes:
¿Qué hay en tu voz, que mi alma
De tal modo se estremece?

¡No digas, no, que me adoras!
¡No digas, no, que me quieres!
Yo sé que todo lo hermoso
Que sobre la tierra crece,
Amores y primavera,
Por destino horrible deben
Perecer en breve plazo.
Morir en término breve!

¡No digas, no, que me adoras!
¡No digas, no, que me quieres!
Cierra tu boca, bien mío,
Y abrázame solamente.
Cierra tu boca y sonríe,
Sonríe feliz y alegre
Cuando mañana estas rosas
Ya deshojadas te enseñe.

XXXII

Por la luz de la luna embriagada
La flor del tilo su perfume esparce,
Y los vientos y bosques se estremecen
Del negro ruiseñor con los cantares.

-«Dulce es ¡por Dios! Amado de mi alma,
Bajo los altos tilos reclinarse;
Cuando vierten los rayos de la luna
Su luz entre los claros del follaje.

»Mira esta hoja ¡mi bien! La forma tiene
De un corazón que tierno palpítase;
Por eso entre los arboles del bosque
Sólo el tilo prefieren los amantes.

»Pero sonrías y mi voz no escucha,
cual si en lejanos sueños te abismases,
Dime ¡mi bien! Refiéreme al oído
Esos deseos que en tu pecho laten.»

-«¡Ah! Con placer te lo diré ¡mi amada!
Quisiera ¡oh cielos! Que hasta aquí enviase
El frío norte ráfaga de viento
Que de nieve cubriera el ancho valle.

»Y que nosotros, en trineos bellos
pintados de colores, palpitantes,
entre el crujir del látigo que estalla,
entre el rumor del cascabel sonante,
bien envueltos en pieles, recorriéramos

las riberas desiertas y glaciales.»

XXXIII

A la luz de la luna, yo ví anoche
Leves pasar los elfos atrevidos,
De sus campanas escuché los ecos,
Y escuché de sus cuernos el sonido.

Cabalgaban con ricos paramentos
En corceles brillantes y blanquísimos,
Y rasgaban el viento más veloces
Que una banda de cisnes sorprendidos.

La Reina, sonriendo, en la carrera
Me hizo al pasar con la cabeza un signo.
¿Sonría por verme nuevamente
enamorado y triste y pensativo,
O fúnebre presagio su sonrisa
Fue tal vez de mi muerte y mi destino?

XXXIV

Por la mañana te envío,
Aun cubiertas de rocío,
Violetas que mi mano
Cortó, al alba, para tí.
Por la noche, frescas rosas
Que al cubrir las tenebrosas
Sombras el tendido llano,
Pensando en tu amor, cogí.

¿Sabes tú lo que en tu oído,
Con eco amante y rendido,
Con lenguaje misterioso
Dicen las flores de miel?
Que me ames durante el día,
Y que en la noche sombría
Tu corazón cariñoso
Sea a mi cariño fiel.

XXXV

Tu carta dolor impío
No me causa, aunque es amarga;
¡Ya no me quieres, bien mío!
Pero... tu carta es muy larga.

¡Doce páginas de un corte
Menudito y apretado!
Es escribir demasiado
Para dar un pasaporte.

XXXVI

No temas que yo el secreto
Venda de nuestra ventura,
Aunque mi labio indiscreto
Hable entusiasta e inquieto
De tu espléndida hermosura.

Profundamente dormido
Bajo ese manto de flores
Y entre sus hojas perdido,
De mis discretos amores
Está el secreto escondido.

Y si entre las frescas rosas
Lucen llamas sospechosas,
No temas, hermosa mía;
Nadie ya cree en tales cosas,
Y lo creerán poesía.

XXXVII

Los ecos con que llenara
El día la primavera
También en mis noches vibran
Y también mis noches llenan.
Sus ecos y sus reflejos
Hasta en mis sueños se mezclan.

Como en paisaje encantado
Hay en mis noches serenas
Pájaros que entonces cantan
Con melodías más bellas.
Son las brisas más suaves,
Y de la azul violeta,
Más lascivo y más ardiente
El perfume el viento llena.

También esplendor más vivo
Las castas rosas ostentan,
Ceñidas por limbos de oro
Como las rubias cabezas
De los ángeles que adornan
Los cuadros de las iglesias.

Yo mismo entonces ser creo
Un ruiseñor que sus penas
Y su amor canta a esas rosas
Que ciñen áureas diademas.
Y entona en mis dulces sueños
Mi loca mente, que sueña,
Armonías no escuchadas

Y melodías soberbias.
Y todo dura tan sólo,
Tan sólo el encanto llega
Hasta que del sol los rojos
Resplandores me despiertan,
O despierto al alboroto
Con que agitan la arboleda
Esos otros ruiseñores
Que, al brillar la aurora bella,
Enfrente de mi ventana
Mientras cantan juegan.

XXXVIII

Por la bóveda del cielo
Las estrellas encendidas,
Silenciosas, silenciosas,
Con sus pies de oro caminan;
Temen despertar la tierra,
Que fatigada y tranquila,
Entre la discreta sombra
De la noche está dormida.

Pero las selvas calladas
Las escuchan y las miran;
Verde oreja es cada hoja
De la enramada sombría,
Y en sus sueños molestanda
Por inquietas pesadillas,
Sus largos brazos de sombra
Tiende la montaña altiva.

Pero ¿quién llama? resuena
Con misteriosa armonía
El eco de esos acentos
En mi pecho que vacila.
¿Es la voz de mi adorada?
¿O es tan sólo la sentida
Voz del ruiseñor oscuro
Que en la enramada se agita?

XXXIX

Es triste la risueña primavera,
Y tristes son sus sueños;
Sufre la fresca flor, y hay en el dulce
Canto del ruiseñor dolor secreto.

¡Oh, no sonrías, no, bella adorad
Con gentil alegría!
Llora, sí, que una lágrima quisiera
Con mis besos secar en tu mejilla.

XL

Arrancar ya es necesario
Cuanto en mi pecho se anida,
Cuanto adora tiernamente
Con delirio el alma mía.
¡Si vieras cuánto me cuesta
El emprender la partida!

Ya veloz el coche rueda
Sobre el puente, que vacila;
Bajo del puente, del río
Corren las aguas sombrías;
Aun una vez ¡adiós! digo
A mi ventura perdida
Y a aquel corazón ingrato
Que amé con idolatría.

Las estrellas en el cielo
Melancólicas desfilan,
Cual si de mi amarga pena
Huyesen despavoridas.
¡Adiós, mi bien! cuando cruce
Zonas de remotos climas,
Por todas partes conmigo,
Por los llanos, por las cimas,
Llevaré en mi alma tu imagen
Melancólica y tranquila.

XLI

Los más ardientes deseos
Florece y se deshoja,
Y florece todavía,
Y aun a deshojarse tornan.
¡Hasta la insondable tumba
Así caminan las cosas!

Por mal de nuestros amores
Sé tal verdad, vida mía.
Mi corazón es tan sabio,
Que en silencio lo adivina,
Y en el fondo de mi pecho
Ardiente sangre destila.

XLII

El cielo el aspecto horrible
Tiene, y la expresión siniestra
De un cíclope solitario
Con flotante cabellera
De nubes grises y pardas
Que al soplo del viento tiemblan.

Su mirada aterradora
Dirige a la fértil tierra,
Y hojas y flores perecen,
Y hojas y flores se secan.
Y el amor y las canciones
De la ardiente primavera,
También en el alma triste
Se marchitan y se hielan.

XLIII

Helado el corazón, triste, aterido,
Recorro el mundo, como yo aburrido:
El otoño termina,
Y cual sudario yerto,
Cubre el paisaje muerto
Con húmedos vapores la neblina.

El viento silba al azotar las hojas,
Que de la selva, pálidas y rojas,
Huyen con eco leve;
Suspira la enramada;
Se alza la bruma helada,
Y lo que es peor: llueve y más llueve.

XLIV

Como fantasmas helados
Van las brumas otoñales
Envolviendo la llanura
Y el abandonado valle.

El viento frío deshoja
Con sus caricias los árboles,
Que, como espectros, se elevan
Desnudos y sin follaje.

Uno tan solo, uno solo,
Aun cubierto de ramaje,
Triste y callado, resiste
De las brisas el embate.

Y a veces sacude lento
Su cabellera flotante,
Humedecida con lágrimas
De dolor inconsolable.

Como ese campo desierto
Es mi corazón amante;
Y ese árbol que hoy ven mis ojos
Verde y lozano, elevarse
Como en los días de estío,
Es, señora, vuestra imagen,
La imagen de vuestra eterna
Hermosura inalterable.

XLV

Un cielo gris y monótono,
La ciudad siempre severa,
Siempre mirando el torcido
E inquieto curso del Elba.

Largas narices, que ahora,
Cual siempre, aburridas suenan
Y que hipócritas se inclinan
Humildes hacia la tierra,
O se hinchan presuntuosas
Con gravedad altanera.

¡Oh costas del Mediodía!
¡Cuánto vuestra hermosa tierra
Vuestro cielo, y de ese cielo
Las divinidades bellas
Adoro, después que han vuelto
A ver mis ojos, con pena,
Estos hombres que me espantas
Y este clima que me hiela!